

EL VIAJE DE LUNATÓN

Marinella Terzi



Para ti, que me dejabas escuchar
el tictac de tu reloj.

La luna es pequeña. Los astronautas dijeron que era grande, pero se equivocaron. La luna de verdad es más o menos del tamaño de un plato de sopa. Exactamente como la vemos desde la Tierra.

En la luna, blanca, blanca, vive Lunatón.

Lunatón es bajito y negro, para que nadie lo descubra cuando duerme sobre la luna. Tiene la cara muy redonda, de luna, y el pelo tieso. Sus ojos son como lupas y, para lo minúsculo que es, tiene una fuerza descomunal.

Lunatón lleva una camiseta de camuflaje, negra con estrellas doradas, y unas zapatillas de la misma tela, con clavos en las suelas. Con ellas se agarra perfectamente a la superficie lunar, y no hay peligro de caídas.

A Lunatón le encanta que la luna esté en cuarto menguante. Entonces se sube a la cúspide y ¡plaff!, resbala por ella como si fuera un tobogán.

Lo malo es que un día se dio mucho impulso:

--¡Socorro! ¡Socorro! ¡Q

u

e

m

e

c

a

i

g

o!

Lunatón ya se veía volando por los aires.

Pero no. En el último momento su camiseta se enganchó de la punta de la luna y allí se quedó colgando.

--¿Y ahora qué hago yo? ¿Cómo me voy a desenganchar? --y Lunatón tiraba y tiraba.

Tiraba y tiraba.

Y tanto tiró que, con la fuerza que tenía, empezó a arrastrar a la luna. Y la luna comenzó a caer, poco a poco, como si fuera un globo; y Lunatón, la cesta.

Desde la azotea, Marta y Jaime miraban por su telescopio.

--Oye, creo que la luna se mueve --dijo Marta con voz de general.

--No puede ser --contestó Jaime, con tono de soldado raso.

Pero sí. Se movía, se movía.

Lunatón estaba contento. Él había visto mundo, sí; pero siempre desde arriba. Y ahora, con un poco de suerte, a lo mejor hasta podía pisarlo. Porque seguía bajando, y cada vez más deprisa.

La velocidad le ponía los pelos de punta, pero además lo ayudaba a pensar porque se le refrescaban las ideas.

Miraba y miraba a su alrededor. ¡Qué bonito era todo! Había estrellas, constelaciones enteras, astros y planetas. Nunca los había visto desde tan cerca. Por haber... había hasta un cohete y, junto al aparato, un hombre con casco y botas de siete leguas.

--¡¡¡Eeeh!!! ¿¿¿Adónde va usteeeeed??? --gritó el astronauta con voz cavernosa.

--¡¡¡Creo que a la Tierra...!!! --contestó Lunatón.

--Pues deje usted la luna en su sitio. Un poco más de consideración, hombre, ¡que nos deja a todos sin luna! --dijo el astronauta dirigiéndose hacia el lunático--. Mira que colgarse de la luna, ¡a quién se le ocurre! ¿Quiere que lo suelte, y así la luna se quedará aquí?

Pero Lunatón no se dejó y siguió bajando a mayor velocidad.

Ya veía unas cintas plateadas --los ríos--, y montañas con gorros de nubes, y casitas de juguete, y un lago muy grande con el agua que iba y venía. Iba y venía. Era el mar.

Y, de repente, sus pies se posaron sobre algo mullido y muy verde. Lunatón miró hacia abajo y vio a dos niños --o, mejor dicho, a una niña con cara de general y a un niño con pinta de soldado raso-- que lo observaban con los ojos muy abiertos.

--Y tú ¿qué haces sobre el ciprés de nuestro jardín? --preguntó Marta.

--¿Te encuentras bien? --se interesó Jaime.

--Yo... sí, gracias. ¿Qué es un ciprés?

Marta puso cara de sabionda y dijo con aire de suficiencia:

--Es tonto.

--No. Viene de muy lejos --afirmó Jaime mientras señalaba hacia el cielo.

--Bueno, habrá que bajarlo de ahí. Jaime, trae la escalera de la cocina.

Su hermano obedeció en el acto. Tenía ganas de saber qué pasaría después.

Mientras, Marta continuó con su interrogatorio:

--¿Y tú estás siempre en la luna?

--Sí. Es mi casa.

Lunatón tiraba y tiraba, pero no había forma de desengancharse.

--Y esta noche, ¿qué va a pasar?

--¿Qué? --Lunatón no prestaba atención a Marta. Seguía tirando y tirando.

--¡Que te has venido con la luna auestas y nos has dejado a todos sin luna! ¿De qué nos sirve en el árbol? La luna tiene que estar allí arriba, y no aquí --de pronto, Marta se fijó en aquella media luna blanca--. Es un poco birria, ¿no? Yo creía que era más grande.

Eso sí que lo oyó Lunatón, y se enfadó, ¡vaya si se enfadó! Mira que decir que la luna era una birria... Iba a contestar a aquella niña mandona cuando apareció Jaime con la escalera.

--Ponla junto al árbol. Súbete y bájalo --le ordenó su hermana.

Y Jaime lo hizo muy a gusto porque aquel hombrecillo le caía simpático y parecía bastante necesitado en esos momentos. Así que el niño soltó a Lunatón y lo bajó sobre la palma de su mano, con mucho cuidado.

Por ahora, la luna podía quedarse en el ciprés.

A Lunatón le gustaba aquel mundo tan distinto del suyo. Era divertido ir por la calle, ver los coches, las personas. Estaba aprendiendo de lo lindo. Como era muy pequeño, nadie lo veía. La gente tenía demasiada prisa para fijarse en un ser tan insignificante.

Cuando se quedaba en casa de Marta y Jaime, y había peligro de que los padres de los niños lo descubrieran, se metía en el armario de pared. Entonces la luna de cristal le hacía compañía.

Cada mañana Lunatón salía al jardín, trepaba por el árbol y comprobaba el estado de salud de su amiga la luna. La habían tapado con una manta de color verde y no había humano que la viera.

Lunatón era feliz, sí. Pero ¿y los terrícolas?

Ellos estaban seriamente preocupados.

La primera noche que el lunático y su acompañante llegaron a la Tierra, no salió la luna. Por supuesto. Todos pensaron que era noche de luna nueva, aunque no tocara. Los expertos hablaron de fenómenos extraños motivados por el cambio climático y todos se quedaron tan contentos.

Pero, tras esa, vino otra noche absolutamente a oscuras.

Y otra más.

Y otra.

Y otra.

Y los astrónomos, los astrólogos, los enamorados, los astronautas, los vampiros, los lobos, los magos y los brujos empezaron a preocuparse. A todos les hacía mucha falta: ¿Dónde se había escondido la luna? Su luna...

Algunos dijeron que estaba en Valencia. Por lo visto es muy famosa la luna de esa ciudad y son muchos los que van a verla a menudo. Pero no. En Valencia estaba igual de oscuro que en todas partes.

Hubo gente que se subió a los picos más altos para ver si la distinguía entre las nubes más altas. Pero ni por esas.

Estaba claro: la luna se había tomado unas vacaciones.

A partir de entonces, las noches fueron

negras.

NEGRAS.

NEGRÍSIMAS.

A Lunatón también le parecían demasiado **negras**.

--¿Por qué está todo tan oscuro? --comentó un día en el jardín--. A mí me gusta descubrir cosas nuevas y de noche no veo en absoluto. Donde yo vivo, las estrellas relucen y siempre hay claridad. Prefiero ver las estrellas...

--Bueno, ¿y por qué no te vuelves a tu casa si tanto te gusta? --le respondió Marta con sus habituales malas pulgas.

Entonces, Lunatón se puso a llorar desconsolado. Sus ojos como lupas parecían dos surtidores y no paraba de hipar:

--¡Buaaa...! ¡Buaaa...! Es que yo... ¡Buaaa...! No sé cómo... ¡Buaaa...!

--No sabes... ¿qué? ¿Cómo volver? --le preguntó Jaime con su delicadeza acostumbrada.

--Eso... Sniff... Iff... Ff... --Lunatón se paró de golpe y se quedó mirando a sus amigos con sus ojos grandes, grandes.

--Vuelve como viniste, volando --dijo Marta.

--No, no, yo no sé volar. Era mi peso el que me hacía caer, pero yo no sé ir hacia arriba --el lunático estaba a punto de echarse a llorar otra vez. Había que hacer algo y deprisa.

--¡Ya lo tengo! Con una escalera muy alta, muy alta... ¡Ya está! ¡La de los bomberos! --gritó Jaime.

--Pero, ¿nos la dejarán? --dudó Marta.

--Claro, les explicaremos la verdad --contestó su hermano.

--¿Y nos creerán? --volvió a preguntar Marta.

--Si lo dudan, les enseñaremos la luna de nuestro ciprés --volvió a contestar su hermano.

Mientras, Lunatón saltaba de contento.

Total, que al enterarse por fin de dónde estaba la luna, miles de personas fueron hasta las afueras de la ciudad. También iba toda la brigada de bomberos.

Llevaban un camión rojo impresionante y, sobre él, la escalera más larga de todo el cuartel.

Desplegaron la escalera, y Lunatón se despidió de todos con besos y abrazos. Metió la luna en una mochila que le había prestado Jaime, se la puso a la espalda y subió peldaño a peldaño. Por fin, llegó arriba. Sacó del bolsillo un clavo y un martillo y colgó la luna del cielo, para que estuviera bien sujeta, por si las moscas... Después se sentó sobre ella y saludó a los presentes.

Ya se iban a marchar todos, cuando un niño dijo:

--Está un poco bajita, ¿no?

En efecto. La luna estaba mucho más bajita que antes de la aventura. Desde el suelo se veía perfectamente a Lunatón montado sobre ella. Habría que buscar otra solución para mandar a Lunatón y a la luna al universo.

Jaime puso cara de preocupado y comenzó a pensar.

Siguió pensando en el camino de regreso a casa.

A la hora de la comida.

Mientras merendaba pan con chocolate.

Y durante la cena.

--¿Y si bajamos la cometa del desván...? --insinuó el niño con voz tímida ya en la cama.

Su hermana se quedó asombrada. Para ser un soldado raso, Jaime tenía buenas ideas.

Total que, al día siguiente, se fueron miles de personas hasta la orilla del mar. Lunatón, con la luna en la mochila, montó sobre el enorme armazón de la cometa roja y blanca. La lanzaron al aire y comenzaron a darle hiiiiiiiiiiilo,

hiiiiiiiiiiilo,

¡hiiiiiiiiiiilo!

La cometa subía y subía, mecida por el viento. Lunatón, desde arriba, decía adiós con la mano. De pronto, el padre de los niños dijo:

--Ya está muy arriba. Vamos a soltarla --la cometa cogió carrerilla y se

o
o
o
o
o
ó
v
e
l
e

¡Muy alto, muy alto! Se convirtió en un puntito y desapareció por completo.

Marta, Jaime, sus padres y los demás regresaron a sus casas.

Pero, por la noche, tampoco salió la luna. Y eso que el calendario de la cocina indicaba que era época de luna llena.

Jaime murmuró:

--Algo ha ido mal.

Marta lo miró preocupada.

La cometa, la luna y Lunatón estaban enredados en la antena parabólica de un rascacielos.

--¿Cómo saldremos de ésta? --susurró Lunatón.

La luna no contestó, pero se reía, se reía muchísimo. Nunca se había divertido tanto en su vida.

Daba unas carcajadas tremendas:

¡Ja, ja, ja, ja, ja!

¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Pero se paró de golpe porque una lágrima de Lunatón inundó uno de sus cráteres. No podía estar alegre si el hombrecillo que la cuidaba sentía tanta pena. Así que cobijó a Lunatón entre sus brazos y ambos se durmieron.

La antena transportó aquella imagen a los televisores de muchos hogares y montones de personas vieron a Lunatón mecido por la luna.

A la mañana siguiente, un helicóptero de salvamento se posó sobre ellos, extendió una escalerilla de cuerda, los recogió y los depositó, unos kilómetros más allá, en el jardín de Marta y Jaime.

--Y ahora, ¿qué vamos a hacer? --preguntó Marta.

Pero Jaime ya tenía otra idea.

--¡Un cohete! --dijo--. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? El cohete es el único aparato capaz de llegar al último rincón del universo.

Así que no quedó más remedio: mamá los llevó con su coche hasta la base espacial más cercana.

La luna estaba triste. Se daba cuenta de que esta vez iba en serio. Antes de despedirse de los niños, Lunatón les regaló un trozo de piedra lunar: uno pequeñito, para no hacerle daño a la luna.

Después, ambos se subieron al cohete y comenzó la cuenta atrás:

Diez...

Nueve...

Ocho...

Siete...

Seis...

Cinco...

Cuatro...

Tres...

Dos...

Uno...

... ¡PUMMM!

El cohete desapareció en el firmamento.

Aquella noche, la luna estaba donde debía. Y Lunatón, desde su casa, mandó una lluvia de estrellas a la Tierra.

Marta y Jaime sacaron el cazamariposas y recogieron una, pequeñita pero muy brillante; luego, la guardaron en un tarro de cristal. Ahora son mayores, pero todavía conservan la estrella metida en el tarro. Es el mejor de sus tesoros...